

El Libro

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

El Libro (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Atravesando el sendero de lajas grises en el fondo de esa casa de espejados salones e íntegro jardín, hubo infames desconocimientos, incertidumbres, y mucha desolación en las expresiones faciales de los miembros de esa familia (ellos no se habían inspirado en el fatigoso afán de quienes buscaban a la verdad o a los supuestos legítimos). Nadie supo lo que pasó con el Objeto en donde constaban todas las lenguas europeas, pero no había sido traducido a ninguna, e intercalaba a milagros con pretendidos dogmas.

Se tuvo la tentación de hacer crecer a la ironía debido a esa ausencia de lo que cuestionaba a lo que era incapaz o absoluto. Lo célebre del ayer y lo olvidable del mañana habían sido condensados en sus páginas cuyo exacto valor estaba más allá de las excepciones esgrimidas por los que no podían ver lo que se tejía lejos de sus narices y bajo inciertas circunstancias. Porque todo lo que había sido una mentira, después de su lectura pasaba a titilar como un brillante sol.

Esa anormal situación se había opuesto a la luz amarillenta de ese día, y sería algo por lo que Jorge no pararía de quejarse. Esa desgracia se sincronizó con su privilegiado lugar en la biblioteca paterna; el universo de lo simbólico había sido roto, y temió que a este le siguiera el de los sentidos. Porque sin el Libro la razón mutaría en ignorancia, y la vida ofrecería tintes incoherentes al haber sido erosionados sus cimientos.

Como era habitual, el sol se había levantado por el este de acuerdo a la franquicia que le concedió el cosmos, e hizo que los sueños (esas imágenes circulares) fueran molidos una vez más; tales extemporáneas escrituras en las mentes habían entrado en un plano de contraste con la realidad, y con un frágil raciocinio que de a poco se fue fortaleciendo, Jorge se enfrentó nuevamente con el mundo; cuando se levantó de su cama bullía con mucha serenidad y dominio de sí mismo, quería restablecerse en la materia que lo inducía a tener expectativas a través del tiempo.

Y sin más apego con el mundo irreal, caminó hasta la biblioteca en donde enseguida notó una diferencia que pronto se hizo irreductible. Reconoció las posiciones secundarias de otras obras, se abrió pasó por pasillos

hechos de filosofías e ilustrados pensamientos, y la ausencia del Libro fue tan prepotente como si hubiera caído de imprevisto un nublado chaparrón. Pese a que seguían preexistiendo los enormes extractos literarios de otras latitudes, y textos con tersuras críticas (que eran correctas vías intelectuales hacia la experimentación), había desaparecido aquella obra que se encargaba de explorar lo fundamental con que el hombre se rodeaba. Y eso ocurrió en virtud de la maldad y de la negligencia, con la rapidez de un devastador meteoro.

En un anaquel de esa biblioteca que se concatenaba con los tiempos, un hueco creó a la horripilante peculiaridad. Increíblemente, habían sido rotas las ligaduras entre la memoria y el arte de conjeturar. Jorge se agarró la cabeza frente a ese distintivo daño.

En el feliz enclaustramiento dentro de las paredes de maderas esmaltadas de la biblioteca paterna, el joven Jorge había penetrado a los embelesamientos en que se incumbían los mortales. Por entonces nada era contencioso ni provocador ni la sospecha sobrevenía fácilmente. Sólo había que desterrar a lo precioso, dorado, y se aunaba a la sensibilidad, a través de una conducción visual por las robustas líneas impresas en delicados papeles. Esa posibilidad de lecturas incontenibles y directas, era la necesaria instancia que mediaba con la realidad.

El jovencito solía arreciar con sílabas de poemas que no desmejoraron, pero sus mejillas se ponían húmedas mientras se sometía a los etéreos ahogos de las palabras. No reunía a un gran público, de hecho, no se veía a nadie, y se consolaba en una sincera apología; el no ser oído era la porfiada referencia de que algún día eso sí sucederá, y no impedía que sintiera un aprobatorio consenso de su estilo que aún estaba un poco desorganizado. Las palabras le darían la facultad de trascender a las puntualidades cronológicas.

En ese rincón también languidecía por luchar contra métricas imposiciones, y mucho de lo que escribió le resultó indiscernible, ya que ponía elementos de un futuro que no podía recordar. Pretendía pintar con su mano maestra un recuerdo que aún no existía.

Por esos días Jorge era testigo de poetas, y escuchaba al amigo Evaristo que embrujaba con ilusiones a las tardes. Estaba resuelto a vivir a fondo, y rehusaba a esas ampliaciones del tedio que promovía la disciplina. Evaristo entresacaba leyes de los sueños y a eso lo enunciaba como su inquebrantable misión. Y después se ubicaba frente a desguarnecidos espejos para ver si el amor encendía a sus pupilas.

Decía lo que no se oía a menudo: lo profético y salvaje.

A la par de eruditas habilitaciones y risueños combates de rimas que llevaron a cabo, Jorge, osadamente, le había mostrado a Evaristo el Libro. Esa obra reflejaba la esfericidad del tiempo, las riquezas mundiales, las sucesivas generaciones, y las originales místicas. Ahí se encontraban los beneficios, las penas, y las ceremonias diarias de paz.

El Libro establecía cuales eran las dimensiones del mundo de acuerdo a fines secretos y programáticos. Con incitaciones poéticas establecía a contundentes puntos filosóficos. En apartados capítulos celebraba a las erupciones de apagados volcanes y las formas en se consustanciaba el fuego.

Los dos leyeron a ese ejemplar dentro de los límites del barrio de Palermo, durante especiales atardeceres dedicados a la precognición; estaban sentados a espaldas del mundo (pero escuchando sus ecos), y sentían al agradable peso de la atmosfera en ese presente tan lleno de porvenir. Por ese entonces el mundo tendía a ser ordenado y la luz recreaba a las sombras.

II

Quién había aparecido entre plátanos, bustos de ciudadanos ilustres, y azaleas recién germinadas, se trató de un sujeto cuya cabeza tenía un descomunal tamaño, un estridente escritor e intelectual que en Buenos Aires se ganaba la vida entre cantores de milongas y guitarristas que no claudicaban cuando rasgaban las cuerdas, y con sus vivas voces ponían entusiasmos y fe.

Era un tipo de románticos discernimientos, que escribía deleitosas poesías en las que capturaba en forma minuciosa algunos destellos de su vida apasionada; juraba que no se manejaba con intereses egoístas y no le tenía miedo a la muerte.

Su círculo de amistades era muy amplio y saludaba a todos como si fueran viejos conocidos; también daba instrucciones que variaban de cuestiones poco memorables, a los autores que debían leerse de acuerdo a las variables de los estados de ánimo. En apariencia se trataba de alguien bonachón que nunca se había batido a duelo, ni dibujado en la piel de un rival a una inclemente llaga.

En una noche se lo vio en la casa de la familia de Jorge con un extraño afán, aunque de ninguna manera tuvo intenciones de sembrar discordias.

Con las exuberancias propias de un sujeto ceremonioso, había efectuado una graciosa genuflexión frente a la madre de Jorge, diciéndole que estaba recibiendo mucho a cambio de lo muy poco que entregaba. Y sin demorarse se arengó como el mayor devoto de la poesía, que había llegado hasta esa lujosa casa suburbana con el fin dar a sus propietarios como un inevitable aporte, a sus cantos llenos de virtud y énfasis.

La presentación de ese hombre aparatoso produjo alguna comicidad, y movió a doña Leonor a expeler una burlona risita. En esa tertulia había convocado a escritores, amigos, y vecinos que consideraban opulentas a las vías de la literatura.

Ese visitante adujo haber atravesado desgarradores sitios del mapamundi para verla, sin que le hubiera molestado abrirse paso por terremotos e inundaciones. Su llegada resultaba crucial porque era el más fiel representante de las antiguas furias de la poesía. ¡Antes que nada se veía obligado a declarar que lo único que le interesaba era hacer acuerdos con las palabras para la gloria del género humano! Y durante esa noche, conversó ágilmente con la gente culta que se había congregado bajo el techo de esa importante familia porteña que había conseguido reconciliar a poetas que solían enfrentarse.

Él era un chileno de nombre Álvaro Miraflores, que traspasó las áridas montañas andinas, alimentando una poderosa visión del mundo (eso fue lo que expresamente dijo. Había andado por los altos picos nevados con sueños profusos, bien afirmado en su cabalgadura, desdeñando a las distancias que pronto se esfumaban y a otros los hubieran agobiado. Se frenó: no quería darse más aires para no asemejarse a quienes rondaron con extraños amuletos por cerros inmersos en reverberaciones apócrifas; prefería a los ecuanimes silencios que fueron engendrados frente a las místicas rocas del cobre.

Se habían dado fantásticas circunstancias para que fuera invitado por la madre de Jorge, Leonor, a la vieja casona de la calle Serrano, a la que recorrió (junto a ella), expresando admiración por los patios de aljibes y mosaicos relucientes. Arrobado y con una dulce entonación en su voz, llamó al lugar un suntuoso castillo. También declaró que ese barrio era un paraíso empedrado, y que admiraba la energía de los huesudos hombres que la caminaban, envueltos con ponchos, y que a veces sacaban a relucir a rápidas navajas.

A la par de brindar ridículas apreciaciones, su ancho inquirir no despertó sospechas. Había obtenido la natural simpatía que se le entregaba a los extranjeros, o al menos fue ubicado dentro de esa cariñosa jerarquía.

Pero Miraflores andaba tras las huellas de un objeto mítico.

Y no tardó en extender su mirada por la fundamental biblioteca en donde los libros colocados en verticales posiciones tensionaban las simetrías de los estantes. Había dejado de ser locuaz para caminar solo y con tembloroso recato por esos pasillos, aduciendo que necesitaba caminar un poco, estirar las piernas... y esa biblioteca era el espacio ideal en donde circular.

Temió que no encontraría lo que buscaba, pero de pronto divisó al Libro, y sintió una alegría inmensa (de tal forma que fingió bailar un tango, como si en los costados hubiera fantasmales damas a las que petulantemente cabeceaba como una sencilla convocatoria a milonguear).

El conjunto mundial de bibliotecas no valía lo que ese Libro... al que accedía gratuitamente. Los libros que daban alguna verisimilitud al mundo, eran sólo los parciales reflejos de ese hegemónico Libro.

Miraflores no tuvo dudas. Arriba de los paisajes urbanos ya se había formado una conspirativa telaraña de estrellas, y las recurrentes sombras jugaban a su favor. Enseguida, el poeta chileno concretó al ignominioso acto con rápidos esgarces de sus dedos.

Al Libro lo guardó dentro de la hinchada tela del bolsillo interno de su sobretodo.

En ese deforme cruce todo quedó pendiente: Álvaro Miraflores renunció a ser gracioso y practicar el idioma de la cordialidad, para apoderarse de lo que no le pertenecía. Y nadie pudo revertir ese evento absurdo ni a la repugnante condición en la que se empastó el visitante chileno.

Al día siguiente, la ausencia del Libro fue automáticamente denunciada por el joven lampiño que agitaba a sus puños rabiosos. Gemía con la boca abierta, y sollozaba como si se hubiera enturbiado el horizonte que lo rodeaba. Sus familiares habían efectuado peligrosas demoras por anonadarse en conversaciones que redondeaban pequeñeces; se habían dejado llevar por los chismes y apatías.

Más tarde, el amigo Evaristo admitió que esa trasgresión maldita fue causada para atollar al curso del tiempo, y anular los hados del futuro (había hecho esa descripción desde el lugar privilegiado del que no tenía algo que lamentar).

Obnubilado por colocar tejas, ladrillos, sueños asidos a las blancas paredes de su habitación, recuperar al Libro no estuvo dentro de los planes del amigo de Jorge. Sólo brotaron de sus labios antiguas palabras de contracción, advertencias en contra del ensueño y la muerte, y

ceremoniosas sentencias que sugerían que aún en los peores momentos había que mantener la tranquilidad. Sus parlamentos estuvieron cargados con honestos valores, y por supuesto que nunca renunció a hablar de lo que pasó, animado por el deseo de hacer traslucientes reproches morales a los taimados.

El amigo Evaristo pronunció vocablos gigantes para denunciar a Álvaro Miraflores, y compuso un triste poema por esa pérdida que ilustraba como la decadencia y la falta de probidad eran del todo inevitable, y cuya primera estrofa rezaba: "Qué maravilloso escandalo es la virtud en estos días". Posteriormente dirigió al cielo su rostro para enmarcar con mayor empuje a su decepción.

Sin importarle la acción (o el desgaste del tiempo), Jorge escogió no amilanarse y salió de su casa a recuperarlo. Se acercaría al cruel ladrón para exigirle que se lo devolviera. Había creído que ubicaría a Miraflores.

Se arremangó la camisa, su pelo estaba desordenado y en su rostro se notaba la tensión. Se dirigió hacia algunos lugares preindicados, hizo preguntas y como respuestas obtuvo esbozos y conjeturas. Llegó hasta la pensión en donde el ladrón se había alojado, aseverando que era su amigo y ansiaba volver a verlo, pero Álvaro Miraflores había desaparecido sin dejar huellas.

El joven reapareció en la sala de su casa enarbolando un puñal, luego se mentalizó entrar en posesión de una pistola, e hizo el imaginario esfuerzo de cargarla y arremeter con fuego desintegrador en contra Miraflores. Pero con la misma pereza le surgió la decisión que no mataría a nadie.

Pasados unos días fue a una biblioteca pública para ver si encontraba a otro ejemplar. El Libro tendría una sobrevida más allá del eminente formato del que se perdió; tenía que haber otro en stock.

Jorge habló con un bibliotecario sin demostrar emociones: fingiendo que nada funesto había pasado. Quién lo atendió detrás del mostrador era de escasa estatura, un incomodador individuo que se plantó para tijeretear la pujanza del jovencito.

La acumulación que a lo largo de los años había hecho del poder, le permitía desembocar en inevitables guerras contra los lectores demasiado pretensiosos. Y enseguida sospechó que Jorge traía a un pedido problemático. Por lo que volcó sobre este al libre juego del desencantamiento para arrancar al problema de raíz. No quería que le impusiera la desconsideración de buscar un autor inexistente, o estableciera un auténtico pandemonio por uno real que fuera muy raro. Si lo movilizaba a la acción, debía ser dentro de un curso de títulos

habituales que no lo indujera a llevar a cabo búsquedas inconvenientes.

Al principio Jorge no mostró sus cartas verdaderas al sugerir que no tenía una determinada codicia sino una gran curiosidad. Con esa económica depuración había logrado aflojar la tensión, hasta que le preguntó por el Libro.

El bibliotecario (cuyo nombre Joaquín Pregullo estaba cosido en su delantal reglamentario) le dijo que desconocía al mencionado libro, y golpeó con su puño al mostrador para reforzar violentamente esa certeza. Y le recomendó a Jorge que leyera autores que él tenía más presente... "los que alguna vez fueron unos cuantos y ahora apenas puedo contar con los dedos de mis dos manos".

La tenencia del Libro (cuya ausencia sepultaba cualquier otro interés de Jorge) no se encontró entre los agudos chillidos citados por Joaquín Pregullo.

Pasado un tiempo, y después de sumar otras tibias necesidades a su discurso, alzó su brazo e hizo resplandecer a su sonrisa con un "Cerrado": el horario de atención al público se había topado con la creciente oscuridad del anochecer.

III

Lo que Jorge haría después, en regiones de abundantes hierbas y senderos, sería con la intención de volver a leer al Libro, con lentitud, sin iluminados aventurismos, y avanzando por fechas a las que no daba mayor importancia. Subyació en él había un penoso estado de ánimo, pero cuando con su familia hizo las valijas para ir a Europa con la idea de evitar más catástrofes o prevenirlas, pensó que en ese continente tal vez se recuperaría de lo ilógico de esa merma.

Así llegó a costas españolas, pasando por tierras que daban abundantes cosechas, y ciudades con bibliotecas de apariencias sinceras, en dónde tal vez hallaría una copia con las propiedades sanadoras del Libro. Valiéndose de complejos petitorios emprendió en tierras extranjeras la busca de otro ejemplar de aquello que según su más comúnmente aplicada definición no tenía por qué ser unitario: cualquier libro que se precie era ubicado en el populoso ámbito de una biblioteca.

Por lo que se presentó en numerosos centros de lectura de manera impávida, y sin elevar desorganizadamente el tono de su voz. Explicaba a los atónitos empleados acerca de los vallados de tinta que circunscribían a sus notas, y cómo ese volumen poderoso era suave al tacto.

Desgraciadamente nadie consiguió desenterrarlo de los archivos. hasta que llegaban a la acérrima conclusión que la proliferación del Objeto

referida por ese joven era imaginaria.

El alunado joven atravesó a decenas de bibliotecas con las yemas de los dedos ensangrentadas de tanto raspar hojas, desafiando las últimas invitaciones del sol, y dispuesto a no arrodillarse jamás. Hasta que una rara inspiración, pensó que debía proseguir su marcha por tierras habitadas por campesinos. Caminó sin mucho ahínco; se desplazó por la abrupta geografía que le marcaba el sendero.

Esto fue así, hasta que debido a un flechazo del sol divisó a Álvaro Miraflores quien miraba a los costados esperando que llegara el carro con los periódicos; verificaría que las apariencias siguieran siendo estables. El poeta residía en un pueblo cercano, aplicando las mismas características extravagantes que había exhibido en la Argentina.

Al principio Jorge temió que las particularidades de ese hombre fueran el reflejo engañoso de alguien con quien tendría un parecido rotundo... pero no, se trataba del mismo que lo había vilipendiado al tomar lo que era suyo, un tipo grueso, cuyos rasgos se atascaban en su rostro con una actitud de asombro permanente.

En el final que a todo lo aclara, Jorge descubrió al fugitivo poeta chileno, y con el corazón acelerado se impuso reducirlo. * Él y su enemigo se habían encontrado en un ajustado descampado, dentro de un mundo que amparaba por igual a bandoleros y melancólicos artistas. Nada había sido previsto de antemano, y Jorge se adelantó poniendo de por medio a una amenaza, y retándolo a un ávido duelo en esa fecha que tomaría diversos carriles de interpretación.

Le dijo que en esa hora había que retomar las cosas en donde habían quedado... con sangre de ser necesario.

*[Ese encuentro repulsivo y milagroso había sido fraguado en un comentario del Libro en el que dos personajes luchaban por el protagonismo]

Al principio, Álvaro Miraflores estaba tan enfrascado en sus asuntos, que no prestó atención al joven. Oteaba al camino a la espera de ese arribo. Estaba tan absorto que, a las voces de Jorge, las tomó como entonaciones vagas, o simples y llanas estupideces, o parte de los chirriantes sonidos que saturaban al campo. Jorge clamó sin hacer uso de diplomacias que no eran desconocidos.

Pronto, Miraflores negó haber sido el impío que produjo un sutil estrago en una biblioteca privada de Buenos Aires.

Muchas mentiras fueron vertidas como indiscutidas sabidurías por ese hombre que a desdeñó a la ira de Jorge... quiso sacárselo de encima

otorgándole frases irónicas y despreocupadas. Ese muchachito no era nadie, y él un gran poeta que merecía ser homenajeado.

Durante esa áspera ocasión y sin enrollarse con tartamudeos, Jorge pescó a la frecuencia irregular de la circulación de su sangre. Llevaba un puñal, aunque este no le representaba más que la acumulación de inofensivos recuerdos, y una porfiada aproximación a los hábitos guerreros de sus antepasados. El sol estiraba fuertes rayos en el cielo, y con perfil combativo Jorge anunció que sabía bien que Miraflores tenía el Libro y sus inscripciones clásicas: misterios, miserias, azuzadas formaciones de fantasmas, las heridas que todo hombre se infligía al respirar, lo que fue ordenado durante los tiempos en que los nómadas cruzaban los mares y los desiertos con la esperanza de un mejor futuro, y a la Providencia que consistía en lo que fue creado y además gobernaba al universo.

Miraflores arrojó al aire un escupitajo, y derramó un pestilente aroma a licor que fue similar a una inclinada punzada que infectó la nariz de Jorge. Se mostró sudoroso, abierto a pelear, y sin cesar relativizó a aquello que el joven le decía. Había entendido lo que éste deseaba... y por supuesto que su apropiación del Libro había sido intencional. Lo que nunca había imaginado, fue hasta qué punto se extendería la disputa, o que ese muchacho debilucho hubiera tenido la temeridad de ir a buscarlo tan lejos.

Lejos de reverenciadas bibliotecas, en ese lugar abierto había salido a la luz la viscosa composición de la perfidia. Los dos divergieron y a la vez dieron vueltas alrededor de un imaginario círculo. Jorge tanteó al puñal en su bolsillo, y se sintió con derecho a reclamar lo que era suyo.

Pronto Álvaro Miraflores quedó entrampado en unos corrales, hasta donde Jorge con entusiasmos de venganzas lo había hecho virar, luego de sacar a relucir el arma. Al cercarlo, Jorge había proyectado sobre su panza al extremo filoso del puñal, y le demandó que le devolviera el Libro sin hacer juegos ni rodeos pusilánimes.

IV

Finalmente, esto contó Álvaro Miraflores a Jorge:

"Luego de salir de la casa de tus padres me embarque a Europa, dichoso por poseer lo que un simple joven nunca entendería. Vayamos paso a paso; un joven tiene la gloria del momento, ¿para qué quiere más? Los viajes, las aventuras, y el amor, deben ser las fuentes de sus experiencias, ¿Por qué quiere sumarse una artificial importancia?...

De todas formas, en España fui rondando por diferentes pueblos hasta que llegue a uno truculento de callejuelas anegadas con soles, donde sus pobladores nunca constataron mi afamado nombre, sino que me vieron

cómo el que robó mucho, y también “el caído”, aquel que sería juzgado por macabros jueces porque su intención era que el mundo de lo fantástico invadiera al real. Quizás eso se debió a que había tomado a viejos cancioneros gitanos y les adicioné nuevos símbolos, o mejor dicho los unifiqué con otros que conseguirían que aquellas apolilladas obras se hicieran eternas.

Eso pensé, pero también que ellos habían tomado mi arte como un truco o (y no como la multiplicación de historias increíbles).

Además de ignorarme me hacían daño con sus chistidos que me parecieron soplos de magias negras. Lleno de ansiedad pernocté en la pieza sin ventana de un hotel, que estaba lleno de arañas y atrevidos ratones. Cuando desperté di algunas vueltas por las calles determinado a resurgir, a hacerme explícito.

Pero ante la insistencia con que volvían el hambre, la noche y la mugre, temí haber recibido del Libro una viciada recompensa. En ese pueblo entendí que el Libro no me había dado fama ni miles de posesiones. En el nombre de lo santo y paradójico, estoy dispuesto a devolvérselo."

Con un silencio que los fue inflamando y bajo el tórrido sol, Miraflores y Jorge se dirigieron al pueblo. Llegaron hasta las puertas del hotel donde el hombre se alojaba, y el joven esperó afuera apoyando su cuerpo sobre sus muñecas que se cruzaban en la pared. Jorge se quedó en esa posición hasta que recibió de manos de Álvaro Miraflores al Libro.

Epílogo

Así reapareció Jorge en Palma de Mallorca con el Libro amado, diciendo que con unos minutos de arrojo habían sido vencidas incalculables esperas. Al verlo, los miembros de su familia lo estrecharon con abrazos, y emocionados leyeron al primer párrafo del Libro que anunciaba: "Desde el Río de la Plata surgirá quien dará brillos insuperables a las letras hispanas".

Es cierto que pasados los años su estrella ascendió a impensadas alturas, sin embargo, Jorge Luis Borges sólo se enorgulleció cuando en España llevó a cabo la valerosa gesta de recuperar al Libro contando únicamente con un puñal que no sabía cómo manejar.

Fin

